

TUS OJOS
SERÁN
SILENCIO

BIBLIOTECA DE NOVELA CONTEMPORÁNEA

TUS OJOS SERÁN SILENCIO

por

Carlos Vadillo Buenfil



Secretaría de
CULTURA

*F*ICTICIA

MÉXICO
2012

XXXI PREMIO DE CÁCERES DE NOVELA CORTA 2006

El jurado estuvo integrado por: Luis Mateo Díez, Inmaculada Chacón Gutiérrez, Gregorio Torres Nebrera, José Luis Bernal Salgado y Cipriano Palomino Iglesias

TUS OJOS SERÁN SILENCIO

D.R. © Carlos Vadillo Buenfil

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

Segunda edición, corregida y aumentada: agosto 2012

Primera edición: Institución Cultural “El Brocense”. Diputación de Cáceres, España, 2007.

POR FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la obra: Armando Hatzacorsian

Cuidado de la edición: Mónica Villa

Formación de planas: Paulina Ugarte Chelén

Corrector de estilo: Eric Uribares

Consejero editorial: Raúl José Santos Bernard

Sierra Fría 220, col. Lomas de Chapultepec, C.P. 11000, México DF

www.ficticia.com

libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI

(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

POR EL DISTRITO FEDERAL

Gobierno del Distrito Federal

Secretaría de Cultura

Fomento a la Lectura y el Libro

Publicaciones

Colección Biblioteca de la Ciudad

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor.

ISBN: 978-607-769-363-5

Impreso y hecho en México

*Tus ojos
serán una vana palabra,
un grito acallado, un silencio.
Así los ves cada mañana cuando sola
sobre ti misma te inclinas en el espejo.*
Cesare Pavese

*Si uno se encuentra en situación extrema
no debe ser difícil abandonarlo todo
y pasarse al otro campo.*
Chateaubriand

Cuando intentó agregarle detergente a las lentejas que ar-
dían en la estufa, cuando cogió la manía de lavar la vajilla
con mostaza y clara de huevo, comenzamos a preocupar-
nos. (*¡Figúrate, quería fregar las baldosas con miel y aceite
de oliva!*). Fue poco antes de que asegurara que su esposo,
muerto años atrás, la visitaba todas las noches en su habi-
tación para hacerle furiosamente el amor, como recién ca-
sados; por esas mismas fechas le dio por sollozar en el di-
ván, en posición fetal, porque mi hermana Carmen no le
consintió a nuestra madre que la estilista pintara sus pelos
de azul y rojo, como se los había visto a una roquera en
una revista. (*¡Imagínate, quiere unos zapatos de plataforma
traslúcida... de ésos con tiras de plástico fosforescentes!*).
Fue también por esos días que se le metió en la cabeza la
idea de asomar al zaguán y abrirse la bata delante de los
albañiles de la construcción de enfrente. Entonces, decidi-
mos internarla en el geriátrico.

Carmen la bañó desde temprano con el jabón Maja, el
favorito de doña Isabel, desenmarañó su cabellera ceniza
con la peineta de carey y, mientras urdía la trenza frente al
espejo de media luna, entonaron canciones de Agustín Lara,
Solamente una vez, Volverás, las predilectas de mi madre.
Su voz cascada se interrumpía por la tos y desgarramiento
de flemas, pero no tardaba en reanudar el cántico ante los
entusiasmos de mi hermana. La engalanó con un vestido
blanco tapizado de narcisos, la calzó con pantuflas de fel-
pa. Por su rostro paseó una borla impregnada con polvo

de arroz. Deslizó un lápiz color brandy por sus labios, la perfumó con colonia de rosas y en sus orejas colocó argollas de oro. Quedó lista para su perpetua reclusión. Mordisqueé mi lengua, mi boca, Bengala, porque no dejé de comparar esta imagen con las de antaño, cuando mis padres organizaban celebraciones en la casa al volver del teatro o de la ópera. Yo los espiaba entre los balaustres de la escalera: bajo las decenas de bombillas de la lámpara de cristal soplado, doña Isabel deambulaba con sus cabellos azabaches enrulados, las pestañas curvadas, los broches y abalorios que relucían su silueta. Mi madre siempre me recordó a las baronesas antiguas brotadas de una novela de Balzac, ésas que usaban quevedos para asistir a las representaciones, ésas que se encasquetaban gorros de terciopelo o guantes de tafetán hasta los codos, que urdían encaje inglés entre sus ropas y se aireaban en los salones con abanicos orientales. Bajo los compases de polcas y tangos surgidos de la consola, doña Isabel se desplazaba de un lado para otro sobre sus zapatos de tacón de aguja, mundana y ágil dentro de sus trajes y vestidos ajustados, emperifollada con chalinas, estolas y mantones; segura de sí misma con sus manos de concertista cubiertas de anillos de plata, dedos de uñas limadas que asían con prestancia los platos de canapés y las copas de vino, la boquilla con el sempiterno cigarro mentolado. Todo era tan distinto, Bengala, no como esa mañana que te cuento, cuando la aceché por el postigo y vislumbré un gesto ácido en su cara, los párpados unas membranas caídas, sus venas abultadas entre los pliegues del cuello, los brazos apergaminados, los pies deformes, el glaucoma en la mirada fija en una viga del techo.

Para animarla, mi hermana dijo que la llevaríamos al campo, luego a los juegos mecánicos de la feria, que le compraría churros rellenos de crema; ella estalló en aplausos y

algazaras, pero cuando se percató que salíamos con su pesada maleta, nos miró con extrañeza, pero sin ningún reclamo. Creo que en ese silencio ya presentía todo, pues en vez del anunciado paseo atravesamos una avenida de robles y las altas vallas negras de una residencia donde eran confinados los decrepitos. Completados los formularios, firmados los impresos, una monja con toquilla marrón, uniforme albo y crucifijo de hojalata, se acercó a recibir a nuestra madre. La cubrió con un brazo y la guió por un encalado corredor adornado con pequeños cuadros de marfil que rememoraban el Vía Crucis. La religiosa pegó la mejilla de doña Isabel junto a la suya e intentó reconfortarla con términos blandos. Eso pensé cuando la veía hablarle con voz meliflua, tan cerca de sus oídos que ninguna palabra escapó hacia nosotros. Con pisadas tenues, temerosos de quebrar los sosiegos de esos espacios de recogimiento, nos internamos por un pasillo regado por una luz crepuscular que se filtraba por las rejillas de unos ventanucos. Mi madre de vez en cuando ladeaba su cabeza para mirarnos, interrogándonos por abandonarla con una desconocida, entre esas tapias de ladrillos rojizos, entre esos resquicios que olían a desinfectante de pino. En el fondo del pasaje se abrían dos hojas de madera; entre la abertura se vislumbraba un resplandor amarillento: era la capilla. La monja sacó un rosario de perlas y, sentadas en una banca, comenzaron a susurrar rezos. Nosotros nos quedamos en la puerta. El destello de unas veladoras junto al sagrario nos mostró, cual mancha untada al muro, la silueta de una anciana que dormitaba en uno de los primeros asientos. Nos fuimos en silencio, sin ningún beso, como unos traidores, un silencio que ninguno de los dos se atrevió a romper hasta el momento de despedirnos en la entrada de la casa. “Siento como si regresáramos de su

sepelio”, dijo con voz debilitada Carmen, y yo sólo pude agregar un remedo de consuelo: “Creo que es lo mejor para todos”; mi hermana se encogió de hombros, me observó con sus ojos mojados al apretarme la mano, ella, a la que nunca había visto lloriquear por nada ni por nadie, ocultó la boca detrás de un pañuelo y salió presurosa del automóvil. La imaginé gimoteando esa noche, a partir de que cerrara el pórtico del aposento en el que viviría sola, con sus recuerdos de infancia y adolescencia, sus cuadros abigarrados, sus óleos, sus colores violentos y sus rayas alrededor de desnudos femeninos, sin poder dormir a causa de esos ojos que ya no crepitarían más dentro de las cuencas de nuestra madre. Yo pasé las horas en vela acompañado con vasos de ginebra, entretenido con los hielos que arrojaban fluorescencias. Pero no eran como tus ojos, Bengala. No, en los tuyos las arañas han urdido sus telares, porque cuando llorabas no escurrían lágrimas, sino gotas de mercurio, y para el otoño churretones de cera que absorbía tu piel... Descuida, sólo cuando he bebido se me ocurren estos delirios... Pero sí, en tus ojos anidaban las sombras de los pájaros que arrastrados por traicioneros temporales no pudieron emigrar hacia las otras líneas del firmamento, hacia los tiempos del equinoccio...

A los quince días de haber internado a doña Isabel, nos conocimos. Tal vez resulte extraño lo que apunto en estas líneas, pero es una de esas cosas que nunca alcancé a contarte, quizá por el miedo al rechazo, por el recelo de que me percibieras débil: “Si estoy aquí sentada es porque somos *fantasmas de un jardín transparente*... tus ojos no me devuelven mi reflejo... nada que me pertenezca... nada dentro de ellos es capaz de tajarme con sus hojas, con sus puntas de acero”, me dijiste, tu copa de Lambrusco en la mano, tus mechaz cobrizas, tus delgadísimas patillas negras; temía que

me dejaras y fueras a perderte entre los vapores de la niebla artificial del escenario, entre la música estridente, los cuerpos semidesnudos de las bailarinas y las fugaces luces que reviraban frente a mis ojos, éstos que ningún rastro de tus pasos te develaban, porque alrededor tuyo habías edificado el muro contra el que se estrechaban los necios y los cretinos que creían ordenarlo todo con dinero.

Mientras mis dedos no se anquilosen te contaré de mí en esta ciudad, mi nueva Ítaca, a la que desembarqué hace un par de semanas. Todo escrito por mi puño y letra, aunque los caracteres no me salgan tan rectos, como quisiera, aunque me tarde hasta cinco minutos para completar una frase, porque sabes, me repulsaría si dictara a alguien. Una traición a mí mismo y a tu memoria. En realidad, es la segunda carta que escribo, la primera iba en otro tono, te contaba otras cuestiones que tal vez te aburrirían. Por eso, al otro día la arrugué y sin ninguna pena me deshice de ella. La había garrapateado a lápiz en un cafetín, muy de noche, cuando ya nadie quedaba en las mesas y el único mesero se desplazaba con oscilaciones de sonámbulo. Ahora escribiré con pluma de punta fina y tinta olorosa. Me gusta sentir ese deslizamiento de la tonalidad oscura sobre la hoja, ese delicado patinar de la punta sobre el papel rasposo. ¡Vaya refinamientos!

Vago por barrios viejos de paredes desmoronadas por el relente del mar; deambulo por callejuelas donde las esquinas poseen nombres curiosos: La Esquina del Aviador, La Esquina del Perro Sarnoso, La Esquina del Canalla, La Esquina del Periodista Mendicante. Este viejo puerto con rieles de tranvías que ya no circulan, es el asilo donde se han empezado a escuchar los goznes de mis huesos, los rechinidos de mis articulaciones. Elegí venir y, lejos de tus perspicacias, percibo una recuperada calma y me invade el

arrojo de relatar lo que me dé la gana, te interese o no, al fin que no sé si te mandaré estos espejismos. Quizá terminaré haciendo una fogata y arrojaré los vestigios polvorosos, todavía ardientes, sobre los arenales sucios de estas playas. Aunque debo confesarte, y me contradigo: en estos días de insomnios, la recordación de las aristas de tus ojos lacera, es una espina de pescado atravesada en medio de las amígdalas, es el escozor en la piel ocasionado por el estiramiento de un vello púbico atrapado por la cremallera del pantalón. Y siento coraje contra todo, contra todos. (Dejaré un rato de escribir, Bengala, porque algo me dice que no es bueno hacerlo bajo los dictados del odio).

... No diré desde dónde te evoco; no es el temor a que en un arrebato de dignidad femenina vengas a reclamarme por dejarte sola sin previo aviso, sin ninguna nota sobre mi partida. Bengala, ni siquiera me buscarías para abofetearme por la última maldad que te hiciera: comerme, antes de salir a la calle con mi bolsa de viaje, tus dos únicas natillas en el congelador. Sé, creo conocerte: sólo estarías aquí para arrojarme al rostro los puritos con sabor a ron que dejé olvidados en el cajón de la cómoda.

* * *

¿Bailarás a estas horas, Bengala? ¿El estupor de mi ausencia te habrá postrado en cama? ¿Te medicarás doble ración de somníferos y Prozac? ¿Borracha, caminarás por el parque de chopos y los huertos donde paseábamos los domingos? ¿Ahora sí te irás con los clientes y harás espectáculos exclusivos en los reservados de El Zafiro? O, finalmente, ya sin mí, ¿acabaste haciendo el *show francés* en

«TUS OJOS SERÁN SILENCIO»
DE CARLOS VADILLO BUENFIL
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 4 DE SEPTIEMBRE DE 2012
(A 43 AÑOS DE QUE SE INAUGURÓ EL
TRANSPORTE COLECTIVO METRO EN LA CIUDAD DE MÉXICO)
EN LOS TALLERES DE SERVICIO FOTOTIPOGRÁFICO S.A.
CERRO TRES MARÍAS NÚM. 354, COL. CAMPESTRE CHURUBUSCO,
C.P. 04200, MÉXICO, D.F.